

El generalato de Eisenhower

Stephen E. Ambrose

Se mantienen los derechos del autor Stephen E. Ambrose 1990.

Este artículo originalmente fue publicado en la revista Parameters, número de junio de 1990.

EL AÑO EN que se celebra el centenario del nacimiento de Dwight David Eisenhower (nacido el 14 de octubre de 1890), provee una ocasión oportuna para revisar y evaluar su liderazgo y generalato. Ike [el apodo de Eisenhower] logró ser comandante en la vida. Aunque egresó de la Academia Militar en 1915, hasta 1942 solo había obtenido un mando; y este cargo, en una unidad de entrenamiento en el territorio continental de Estados Unidos, duró menos de un año en 1918. Hasta diciembre de 1942, cuando hizo una visita a las líneas del frente en Túnez como Comandante del Cuartel General de la Fuerza Aliada, jamás había oído los cañones tronar en el combate.

No obstante, el 8 de noviembre de 1942, Eisenhower comandó la primera ofensiva aliada de la guerra, la Operación *Torch*. Esta fue una operación extraordinariamente compleja. Sus fuerzas, de Estados Unidos y Gran Bretaña, terrestres, navales y aéreas, atacaron en tres lugares muy separados— Casablanca, Argel y Orán— contra una fuerza neutral, el Ejército colonial de Francia, sin una declaración de guerra. La fuerza de ataque de Casablanca fue liderada por George S. Patton,

hijo; alistada para el combate en el estado de Virginia, navegó a través del océano Atlántico para hacer su desembarco. Las fuerzas estadounidenses y británicas que se alistaron en Gran Bretaña para los ataques en Argel y Orán, tuvieron que navegar a través del estrecho de Gibraltar. Qué hacían los franceses, nadie lo sabía. Eisenhower esperó que fuera posible persuadirlos mediante la diplomacia, en lugar de usar la fuerza de las armas, a unirse con la causa aliada en lugar de resistir.

En resumen, Eisenhower, en su primera experiencia en combate y también en el mando, enfrentó serios problemas tanto políticos como militares. Su estado mayor estaba tan nervioso como él, pero confió en su liderazgo. Este era un tema que Eisenhower había estudiado por décadas. No lo consideró un arte, sino una destreza por aprender. “El único atributo que puede ser desarrollado por medio del estudio reflexivo y la práctica, es el liderazgo de hombres”, escribió Eisenhower a su hijo que se encontraba en la Academia Militar.¹ En este punto surgió su oportunidad de demostrar que lo había desarrollado. En este caso, Eisenhower no solo ejerció un buen don de mando, sino también aprendió nuevas lecciones. Fue “durante esas horas de ansiedad” en Gibraltar, escribió Eisenhower más tarde en un bosquejo de la introducción de su autobiografía, cuando finalmente, por primera vez, se dio cuenta de que inexorable e inevitablemente la tensión y agitación erosionan el aguante de un líder, su juicio y su confianza. La presión se agudiza

El profesor Stephen E. Ambrose recientemente regresó a su posición en el Departamento de Historia de la Universidad de New Orleans, tras un semestre como profesor invitado de Historia Militar en el Instituto de Historia Militar del Ejército de EUA en Carlisle Barracks, estado de Pensilvania. Cuenta a su haber con una Licenciatura de la Universidad de Wisconsin, una Maestría de la Universidad Estatal de Luisiana y un Doctorado (Historia)

de la Universidad de Johns Hopkins; fue Profesor Ernest J. King de Historia Marítima en la Escuela de Guerra Naval (1969-70), así como Profesor Dwight D. Eisenhower de Guerra y Paz en la Universidad Estatal de Kansas (1970-71). Sus 15 libros incluyen cinco sobre Eisenhower. El Profesor Ambrose actualmente escribe el último tomo de su trilogía biográfica sobre Richard M. Nixon.

más debido al deber que tiene de un estado mayor de constantemente presentar al Comandante el peor de los casos con respecto a una eventualidad”. En esta situación, Eisenhower reconoció que el Comandante tenía que “conservar el optimismo tanto en sí mismo como en su comando. Sin la confianza, entusiasmo y optimismo en el comando, difícilmente se puede lograr la victoria”.

Eisenhower también se dio cuenta de que “el optimismo y pesimismo son contagiosos y se propagan más rápidamente de arriba abajo, que en cualquier otra dirección”. También encontró dos ventajas adicionales con una actitud alegre y optimista mostrada por el Comandante: en primer lugar, la “costumbre tiende a minimizar la posibilidad de que una persona se desmoralice por sí sola”. En segundo lugar:

Tiene un gran efecto en todos los que entran en contacto con él. Con esta clara comprensión, firmemente determiné que mis ademanes y el lenguaje que presentaba en público siempre reflejarían la alegre certidumbre de la victoria; que cualquier pesimismo y desánimo que pudiera sentir, solo serían reservados para mi almohada. Adopté la política de visitar a toda la fuerza, hasta donde fuera permitido, debido a las consideraciones físicas. Hice lo mejor que pude para saludar a todos, desde los generales hasta los soldados rasos, con una sonrisa, una palmada en la espalda y un interés claro en su problema.²

Al principio, Eisenhower pareció ser mejor diplomático que soldado. El acuerdo que cerró con el almirante Jean Darlan, Comandante en Jefe de las fuerzas armadas francesas en África, rápidamente puso fin a la resistencia francesa. Aunque el acuerdo estaba sujeto a críticas despiadadas,



Generales estadounidenses: sentados de derecha a izquierda, William H. Simpson, George S. Patton, hijo, Carl Spaatz, Dwight D. Eisenhower, Omar Bradley, Courtney H. Hodges y Leonard T. Gerow; de pie, Ralph F. Stearley, Hoyt S. Vandenberg, Walter Bedell Smith, Otto P. Weyland y Richard E. Nugent. Alrededor de 1945.

NARA

especialmente por parte de los liberales en Estados Unidos y en el Reino Unido a causa de la política fascista de Darlan, liberó a las fuerzas de Ike y les permitió atacar en el este a los alemanes en Túnez. Sin embargo, su decisión y disposición a tomar riesgos en el ámbito político, contrastaron radicalmente con su vacilación y precaución en el ámbito militar. No concretó los esfuerzos de sus tropas; los alemanes consolidaron su control de Túnez; resultó una campaña estancada. En febrero, el mariscal de campo Erwin Rommel contraatacó en el paso de Kasserine; las fuerzas estadounidenses en ese lugar fueron deficientemente lideradas por sus oficiales superiores y sufrieron una humillante derrota. Luego, Eisenhower reconoció que la culpa había sido suya, por no ser lo suficientemente duro para destituir a los comandantes incompetentes, especialmente al Comandante del II Cuerpo de Ejército, Lloyd Fredenhall.

Sin embargo, Ike aprendió de sus errores. Kasserine, dijo Ike al Jefe de Estado Mayor George C. Marshall, pudo ser finalmente una bendición, porque las tropas estadounidenses aprovecharon la experiencia. Estos hombres, “ahora están enojados y listos para luchar. Todo nuestro personal, desde

los grados más altos hasta los más bajos, han aprendido que esto no es un juego de niños y están preparados y entusiasmados para poner manos a la obra”.³ Trasladó a Patton desde Casablanca para asumir el mando en Túnez y le dijo (como consejo que bien pudo haber sido auto dirigido), “No debe retener ni siquiera por un momento, a ningún hombre en una posición de responsabilidad si duda que pueda llevar a cabo el trabajo. Este asunto normalmente exige más coraje que cualquier otra tarea que tendrá que desempeñar, sin embargo, espero que lo haga con sangre fría”.⁴ A un antiguo amigo, Leonard Gerow, que en ese entonces entrenaba una división de infantería en Escocia, Ike le explicó el tema con más detalle. Escribió, “Los oficiales que fracasan deben ser destituidos de sus puestos. Las consideraciones de amistad, familia, bondad y buena personalidad, no tienen absolutamente nada que ver con el problema. Usted debe ser duro”. Ike le dijo a Gerow que debía deshacerse de “los perezosos, gandules, apáticos o complacientes”, aunque tuviera que pasar el resto de la vida escribiendo cartas que justificaban sus acciones.⁵



NARA

Adolf Hitler acepta la ovación del Reichstag después de haber anunciado la adquisición “pacífica” de Austria. Esto preparó el camino para la anexión del Sudetenland de Checoslovaquia, un área, principalmente poblado por una población de habla alemana. Berlín, Alemania, marzo de 1938.

En conclusión, lo que sucedió en África del Norte había endurecido a Eisenhower. No obstante, aún tenía mucho que aprender. Después de la victoria en África del Norte, lanzó la invasión de Sicilia (julio de 1943). La decisión de invadir a Sicilia demostró la cautela estratégica de los aliados

y de Eisenhower; Sicilia era defendida por tropas italianas de dudosa calidad y solo dos divisiones alemanas. Estaba muy lejos de Roma, y mucho más del corazón de Alemania. Eisenhower permitió que Bernard L. Montgomery (Comandante de las fuerzas británicas) y Patton, realizaran campañas que no presentaran riesgos, que avanzaran a un ritmo lento y que no generaran muchos prisioneros de guerra alemanes. En septiembre, Ike lanzó su tercer ataque anfibio en la península italiana en Salerno, otra decisión estratégica cautelosa, dado que Salerno está muy lejos del sur de Roma. A última hora, canceló una operación aerotransportada concebida para capturar Roma, ya que consideró que los riesgos eran demasiado altos. El resultado fue otro punto muerto; no fue hasta nueve meses más tarde que, finalmente, las tropas aliadas llegaron a Roma.

El año 1943 se había caracterizado por grandes avances en el mapa. Las fuerzas bajo el mando de Eisenhower habían conquistado Marruecos, Argelia, Túnez, Sicilia y el sur de Italia. Sin embargo, los avances estratégicos habían sido pequeños en el mejor de los casos. Alemania no había perdido ningún territorio considerado crítico para su defensa, ni fue forzado a reducir sus fuerzas en Francia o Rusia. En general, las campañas de Eisenhower desde noviembre de 1942 hasta diciembre de 1943 deben ser consideradas como un fracaso estratégico.

De ninguna manera esto fue toda su culpa. En el verano de 1942, les había advertido a sus jefes políticos de lo que ocurriría si no aprobaban la Operación *Roundup*, una propuesta invasión de Francia, para apoyar a la Operación *Torch*, la invasión de África del Norte. No obstante, Eisenhower sí tuvo cierta culpa. La precaución excesiva con que comenzó la campaña, su rechazo de correr riesgos para llegar a Túnez antes de que llegaran los alemanes, el no aprovechar la oportunidad de rápidamente desplegar sus tropas en Cerdeña, el no reemplazar a Fredenhall, el no ejercer el control durante el combate en Sicilia, el no aprovechar la oportunidad de tomar Roma con la 82ª División Aerotransportada; todas estas cosas, contribuyeron a la infeliz situación que

dejó atrás en Italia. Los ejércitos aliados estaban muy lejos, al sur de Roma, cuando comenzó el invierno, con poca esperanza de un avance rápido. Habían invertido muchos recursos a cambio de pocas ganancias.



NARA

Avanzando por Prato, Italia, los soldados del 307º Regimiento de Infantería todavía han de subir la montaña frente a ellos, 9 de abril de 1945.

En el ámbito político, el legado de la campaña fue que los estadounidenses y británicos desconfiaran de los franceses y rusos; los dos últimos querían un segundo frente en el noroeste de Francia y desconfiaban profundamente del acuerdo logrado con Darlan. En conclusión, la campaña produjo ínfimos resultados militares, a costa de un desastre diplomático.

No obstante, al menos hubo un aspecto que claramente fue un avance para los aliados en 1943; el año había dado la experiencia que urgentemente necesitaba el alto mando y Eisenhower, en particular, junto a sus tropas. Además, Eisenhower sabía cuáles de sus oficiales subalternos podían mantenerse firmes ante la presión del combate y cuáles no podían hacerlo. Si no hubiera ocurrido la Operación *Torch* y hubiera sido lanzada

la Operación *Roundup* en 1943, en lugar de la Operación *Overlord* en 1944, los aliados hubieran desembarcado con un Eisenhower inseguro bajo el mando de tropas inexpertas y liderados por Lloyd Fredenhall. La idea de Fredenhall a cargo de las operaciones en la Playa de Omaha, por sí sola es suficiente para justificar la campaña mediterránea.

En su primer combate, Eisenhower no se sentía seguro de sí mismo, estaba indeciso, desanimado, irritable y propenso a usar el juicio temerario basado en datos insuficientes, defensivo tanto en su humor como en su táctica. Sin embargo, Ike había aprendido cuán crucial era que se mantuviera animado y optimista frente a sus subordinados, cuán costosa podía ser la precaución en combate y de quién podía depender en los momentos críticos.

En la campaña mediterránea, Eisenhower y su equipo claramente habían mejorado. Mientras que se preparaban para el punto culminante de la guerra, la invasión de Francia, eran inmensamente superiores al equipo que había invadido a África del Norte en noviembre de 1942. En este respecto, el resultado de la Operación *Torch* valió la pena.

El papel que jugó Eisenhower en la invasión de Francia es tan conocido aquí, que solo se necesita una breve referencia. De hecho, es tan conocido que se puede decir que marcó su lugar en la historia cuando caía la noche en las playas de Normandía el 6 de junio de 1944. Centenares de miles, de hecho, millones de hombres y mujeres contribuyeron al éxito de la Operación *Overlord* y 200.000 soldados, marinos y aviadores directamente participaron en el Día D, pero la operación estará siempre vinculada a un solo nombre, Dwight Eisenhower. Desde el principio hasta al fin, tuvo su sello personal. Fue la figura central en la preparación, planificación, adiestramiento, engaño, organización y ejecución de la invasión más importante de la historia. En el momento decisivo, Eisenhower fue el Comandante General que ordenó que las fuerzas aerotransportadas estadounidenses llevaran a cabo la misión planificada, a pesar de las predicciones de última hora de su Comandante Aéreo, Trafford Leigh-Mallory, en cuanto a que las 82ª y



NARA

El Soldado Paul Oglesby, 30º Batallón de Infantería, de pie y en reverencia frente a un altar arruinado de una iglesia católica en Acerno, Italia, 23 de septiembre de 1943.

101ª Divisiones Aerotransportadas podían sufrir una tasa de bajas de 70% y no poder llevar a cabo sus tareas asignadas. Eisenhower fue el General que, por sí solo, analizó todos los factores en virtud de las malas condiciones meteorológicas, consideró todas las opciones, prestó atención a las opiniones de sus comandantes subalternos (divididos en la mitad) y tomó la decisión por la que había nacido.

En la campaña que siguió al Día D, el problema más serio que enfrentó Eisenhower pareció ser más con el Mariscal de Campo británico Montgomery que con los alemanes. La vacilación de Monty [el apodo de Montgomery] antes de Caen, en todo el mes de junio y gran parte de julio de 1944, enfureció al estado mayor de Ike y a los generales estadounidenses en el campo de batalla. Monty no cerró la brecha en la bolsa de Falaise en agosto y casi impulsó a Patton a

volverse en contra de los británicos y, como dijo Patton, “empujarlos al mar para otro Dunquerque”. Patton y su Comandante superior, el general Omar Bradley, culparon tanto a Ike como a Monty, porque en su opinión, Ike debió haber relevado a Montgomery y obligarlo a atacar.

Su ira creció en el otoño, cuando Monty no tomó el control del puerto de Amberes ni preparó a sus fuerzas para tomar la ciudad de Arnhem. La situación empeoró cuando Montgomery exigió ser nombrado el único comandante terrestre (lo que significaba que estaría a cargo de todas las operaciones estadounidenses, como el oficial superior de Bradley) y que el 21º Grupo de Ejércitos Británico recibiera todos los abastecimientos que llegaban al teatro de operaciones, para un solo avance a Berlín. Entre tanto, Patton exigió que Ike detuviera a Monty en el lugar donde se encontraba, diera todos los abastecimientos al Tercer Ejército de EUA y permitiera que el Tercer Ejército lanzara una sola ofensiva al sur de las Ardenas camino a Berlín.

Eisenhower insistió en avanzar tanto al sur como al norte de las Ardenas, con los británicos y estadounidenses más o menos a la par, la así llamada estrategia de frente amplio. Bradley, Montgomery y Patton estaban enfurecidos. Cada general alegó que Ike era un conciliador, un comandante que temía tomar decisiones difíciles. Los tres dijeron que parecía que Ike siempre estaba de acuerdo con el último hombre con el que hablaba, aceptaba su plan y luego, cambiaba de parecer cuando hablaba con el siguiente hombre. Esta fue una denuncia seria y un poco errada. Montgomery solía escuchar lo que quería escuchar y leía lo que quería leer; Eisenhower intentó buscar palabras y frases que lo calmaran. En consecuencia, hubo una constante mala comunicación entre ambos. Sin embargo, Eisenhower jamás cedió en dos puntos principales, el mando y una sola ofensiva; ni en agosto ni en

septiembre, ni cuando el tema volvió a surgir en enero y marzo de 1945. Asumió y mantuvo el control del combate terrestre exactamente como dijo que lo iba a hacer. Y jamás vaciló, desde el primer momento que vio los planes del Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria de los Aliados (SHAEF) para un avance en dos frentes hacia Alemania, hasta el último mes de la guerra, sobre el tema del así llamado frente amplio.

Sin embargo, Ike sí vaciló, a veces de mala manera, en algunos asuntos importantes, principalmente en cuanto a la importancia relativa de Arnhem y Amberes y el significado de la palabra prioridad. No obstante, Ike jamás le dijo nada a Montgomery que un hombre razonable pudiera interpretar como una promesa de que Patton sería detenido en París y que el 21º Grupo de Ejércitos continuaría solo a Berlín. Siempre insistió en invadir Alemania desde el norte y desde el sur de las Ardenas.

Tenía muchos motivos. Su análisis del estado de ánimo y la geografía de Alemania jugó un papel importante. Aún cuando los Aliados habían penetrado la Pared Occidental, quedó una barrera importante entre ellos y el corazón de Alemania: el río Rin. Una ofensiva en un solo eje, especialmente más allá del río Rin, habría estado expuesta a contraataques de los flancos. Eisenhower pensó que estos podían haber sido lo suficientemente fuertes para cortar las líneas de abastecimiento y, luego, destruir los unidades de vanguardia. Con una limitada capacidad portuaria, los aliados no pudieron adelantar los suficientes abastecimientos para sostener un ejército más allá del río Rin. Cada milla que avanzaba las tropas, más se alejaban de los puertos en Normandía y esto empeoraba los problemas. Por ejemplo, se necesitó construir pistas de aterrizaje adelantadas para proveer apoyo aéreo a las tropas. Sin embargo, para construir las primeras era necesario hacer llegar a los ingenieros y los materiales de construcción, a costa de las armas y gasolina. Un oficial ingeniero de alta jerarquía señaló que si Patton hubiera cruzado el río Rin en septiembre, lo hubiera hecho sin apoyo logístico o aéreo alguno. “Una buena fuerza de tarea de *Panzerfaust* [un cañón sin retroceso

antitanque alemán], operado por la Juventud Hitleriana, podría haberlos aniquilado antes de que llegaran a Cassel”.⁶ Por lo que respecta al 21º Grupo de Ejércitos de Montgomery, su propio Jefe de Estado Mayor Freddie de Guingand señaló que cuando el Grupo llegara al río Rin (si llegaba), necesitaría primero traer los materiales para la construcción de puentes, en lugar de otros abastecimientos. De manera similar a Eisenhower, de Guingand dudó que hubiera un colapso en la moral alemana; él previó que el enemigo lucharía hasta el triste final.

Así fue, sin duda alguna lo que hicieron los alemanes; fueron necesarios los esfuerzos combinados de 160 divisiones rusas y toda la Fuerza Expedicionaria de los aliados, además de una ofensiva en Italia y ocho meses más de devastadores ataques aéreos para forzar la capitulación alemana. Después de la guerra, de Guingand comentó, un tanto rotundo, que dudó de que Montgomery hubiera podido lograr el mismo resultado con el 21º Grupo de Ejércitos por sí solo. “Mi conclusión es, por ende, que Eisenhower tenía razón”, escribió de Guingand.⁷

Los factores de personalidad y política en la decisión de Eisenhower son evidentes. Patton que pressionaba por un lado y Montgomery por el otro; los dos hombres insistentes, seguros de su propio intelecto militar y acostumbrados a salirse con la suya. Detrás de estos líderes había públicos aduladores, que habían hecho de Patton y Montgomery símbolos de proeza militar en sus respectivas naciones. Desde el punto de vista de Eisenhower, dar la gloria al uno o al otro habría producido serias consecuencias, no solo en los aullidos de agonía de la prensa y del público de la nación dejada atrás, sino en la propia estructura de la Alianza. Eisenhower temió que la Alianza no pudiera sobrevivir al lío resultante. Era un riesgo demasiado grande de tomar, especialmente en una operación que en sí estaba llena de riesgos. Eisenhower jamás consideró asumirlo.

Montgomery y Patton no mencionaron las presiones que impusieron a Eisenhower cuando defendían tan persistentemente sus planes, pero las preocupaciones de Eisenhower no eran de su

incumbencia. Montgomery quiso dar un rápido fin a la guerra, que los británicos lo llevaran a cabo y también personalmente liderar el ataque contra Berlín. Patton hubiera dado todo para llegar allí primero. Si Eisenhower hubiera calzado sus botas, casi sin duda hubiera sentido lo mismo; seguramente, quiso que sus subalternos fueran agresivos y tuvieran fe en sí mismos y en sus tropas.

La gran flaqueza de Eisenhower en esta situación no fue su titubeo en la cuestión del frente amplio, sino el hecho de que deseaba que todos lo quisieran y se preocupaba mucho de mantener a todos contentos. Debido a estas características, no terminaba una reunión hasta tanto, como mínimo, se llegara a un acuerdo verbal. Por lo tanto, parecía como que siempre cambiaba de opinión, “ se inclinaba de un lado y luego al otro”, según las opiniones y deseos del último hombre con el que conversaba. Eisenhower, como lo expresó el Mariscal de Campo británico Alan Brooke, parecía un “árbitro que equilibraba los requerimientos en competencia de los aliados y subalternos, en lugar de ser el dueño del campo de batalla que toma una decisión definitiva”.⁸ Cualquiera que conversara con él, salía de la reunión creyendo que Eisenhower estaba de acuerdo, para más tarde darse cuenta de que no lo estaba. Por lo tanto, Montgomery, Bradley y Patton llenaron sus diarios, cartas y conversaciones con quejas de Eisenhower (Bradley menos que los otros).

Sin embargo, el verdadero precio que tuvo que pagar Eisenhower por desear ser querido, no fue la enemistad de Montgomery y Patton. Este surgió en el campo de batalla. En sus esfuerzos por apaciguar a Montgomery y Patton, Eisenhower les dio mucha libertad táctica, hasta el punto de permitirles seleccionar sus propios objetivos. El resultado fue uno de los más graves errores de la guerra, la decisión de no tomar y abrir el puerto de Amberes, lo más pronto posible, que era la única oportunidad factible que tenían los aliados para poner fin a la guerra en 1944. El responsable de este fracaso, tanto en ese momento como al final, fue Eisenhower.

En noviembre y diciembre de 1944, los ejércitos de Ike continuaron atacando a los alemanes, en todo el frente, que en ese entonces se extendía desde la frontera con Suiza hasta el mar del Norte. El 16 de diciembre, los alemanes lanzaron una contraofensiva imprevista y sorprendentemente fuerte en las Ardenas. Los alemanes lograron una superioridad numérica de ocho a uno en cuanto a soldados de infantería y una superioridad de tanques de cuatro a uno. La Batalla de las Ardenas fue la más grande, por un gran margen, jamás luchada por el Ejército de EUA y con el precio más alto a pagar, con más de 40.000 bajas sufridas en un mes.

Eisenhower asumió la culpa por la sorpresa y fue apropiado hacerlo, dado que no previó lo que estaba pensando el enemigo. No anticipó que Hitler tomaría riesgos y él mismo fue el responsable de las debilidades en las líneas estadounidenses en las Ardenas, por insistir mantener una ofensiva general.

Sin embargo, a pesar de sus errores, Ike fue el primero que comprendió la total importancia de la ofensiva (Bradley lo había menospreciado como un ataque de desarticulación; Eisenhower insistió que era una contraofensiva genuina). Ike fue el primero que pudo reajustar su perspectiva sobre la situación y el primero que reconoció que, aunque la sorpresa y las bajas aliadas iniciales fueran dolorosas, Hitler, de hecho, les había dado a los aliados una gran oportunidad al desplegar sus ejércitos fuera de la protección de la Pared Occidental. En la mañana del 17 de diciembre, solo horas después de haber comenzado el ataque alemán, Ike escribió lo siguiente al Departamento de Guerra: “Si todo va bien, no solo podemos rechazar el ataque sino también sacar provecho del mismo”.⁹ Fue Ike quien decidió que Bastoña era el punto crucial e insistió en mantener el control del pueblo belga. Fue Ike quien, en contra de los deseos iniciales de Patton, ordenó al Tercer Ejército romper su ofensiva al este y comenzar el ataque al norte para relevar a la 101ª División Aerotransportada que se encontraba rodeada en Bastoña. Fue Ike quien decidió comenzar un contraataque destinado a destruir los ejércitos



NARA

Obuses de EUA abren fuego sobre las fuerzas alemanas en retirada cerca de Carenten, Francia, 11 de julio de 1944.

panzer alemanes en las Ardenas y no solamente enclavarlos en su posición. En todas estas decisiones, los resultados demostraron que Ike tenía razón.

En enero y febrero de 1945, Ike insistió en atacar a lo largo de todo el frente. Quería destruir tanto como fuera posible del ejército alemán, al oeste del río Rin. Nuevamente, Monty y Patton, presionaron a Ike para que mantuviera la posición del otro y dejara un solo eje de avance. Eisenhower rechazó las solicitudes. Correctamente apreció que destruir a los alemanes al oeste del Rin sería mucho más fácil que al este del Rin; y dado que Hitler estaba dispuesto a luchar al oeste del Rin, Ike planeaba aprovechar la oportunidad.

En marzo, los aliados lograron un gran hito cuando capturaron intacto el puente Ludendorf

en Remagen. El plan había considerado un cruce del río Rin al norte y al sur de Remagen, pero inmediatamente Ike decidió hacer un cruce de gran escala por el centro, con el Primer Ejército de EUA. Pudo hacerlo porque sus ejércitos se habían acercado al Rin en toda su extensión, un elemento que le dio mucha flexibilidad. Resultó ser una decisión acertada, las tropas estadounidenses cruzaron a través del puente y rápidamente rodearon los ejércitos alemanes en el norte. En unas semanas, las fuerzas aliadas estaban invadiendo a Alemania.

El 7 de mayo de 1945, en el Cuartel General de la SHAEF en Reims, Francia, los alemanes firmaron la rendición incondicional. Después de la firma, que tuvo lugar a las 02.30 A.M., Eisenhower descorchó una botella de champaña para celebrar.

Ésta estaba sin gas. Ike estaba igualmente, muerto de cansancio. En lugar de festejar, se fue a dormir.

A pesar de la falta de efervescencia de Eisenhower en esa madrugada, es conveniente brindar en honor a lo que Eisenhower había logrado y los motivos que tenía para celebrar. El problema es que se busca en vano los elogios adecuados para reconocer los logros de Dwight D. Eisenhower en la Segunda Guerra Mundial. ¿Cómo se puede destacar lo suficientemente todo lo que suportó, lo que contribuyó a la victoria final y el lugar que ocupa en la historia militar?

Afortunadamente, George C. Marshall, el hombre con mayor responsabilidad en los éxitos de Ike, habló en nombre de la Nación y sus aliados, así como del Ejército de EUA, cuando respondió al último mensaje de Eisenhower en tiempo de guerra: “Usted ha cumplido la misión con la más grandiosa victoria en la historia de



Mariscal de Campo británico Bernard L. Montgomery observa el desplazamiento de sus tanques, África del Norte, noviembre de 1942.

la guerra”, comenzó Marshall. “Ha comandado con éxito sobresaliente la fuerza militar más poderosa jamás formada. Ha enfrentado y superado con éxito toda dificultad que incidió en diversos intereses nacionales y problemas políticos internacionales de complejidad sin precedente.” Marshall dijo que Eisenhower había triunfado sobre problemas logísticos y obstáculos militares inconcebibles. “En medio de todo esto, desde el día de su llegada a Inglaterra,

hace tres años, ha actuado desinteresadamente, siempre lógico y tolerante en sus opiniones y completamente admirable en el coraje y sabiduría de sus decisiones militares”.

“Usted ha hecho historia, gran historia para el bien de la humanidad y ha sido un símbolo de todo lo que esperamos y admiramos de un oficial del Ejército de Estados Unidos. Estos son mis elogios y mis gracias personales”.¹⁰ Esta era la alabanza más alta de la mejor fuente posible y estuvo bien merecida.

Sin duda alguna, Eisenhower había ganado estos elogios a través de un compromiso total de su tiempo, energía y emociones, pero más aún, por su intelecto, talentos y liderazgo. También tuvo suerte con sus asignaciones, sus ayudantes, sus subalternos y superiores, sus oponentes, hasta con las condiciones meteorológicas del Día D. De hecho, fue favorecido con tantas buenas oportunidades, que la frase “suerte de Eisenhower” se convirtió en un dicho. Sin embargo, más que la suerte tuvo que ver el éxito de Eisenhower.

Un rasgo de su liderazgo era su naturaleza detallista, complementado por su comprensión intuitiva sobre a cuál detalle debía prestar más atención. La decisión que tomó sobre el clima del Día D, por ejemplo, no fue pura suerte. Durante un mes antes del 6 de junio, asignó tiempo en su agenda, ya sobrecargada, para reunirse 15 minutos diariamente con su meteorólogo, Capitán de Grupo Stagg. Recibía el pronóstico de Stagg para los siguientes días y luego le preguntaba en qué basaba sus predicciones. Eisenhower quería saber cuán eficiente era Stagg, para hacer su propia evaluación cuando llegara la hora.

Como soldado, la característica principal de Eisenhower era su flexibilidad. Frecuentemente, decía que en la preparación para el combate, los planes eran imprescindibles, pero una vez que comenzaba el combate, los planes eran inútiles. En ningún lugar fue evidenciada esta característica más clara o eficazmente, que cuando se capturó el puente de Remagen.

Eisenhower era excepcional en el arte de saltar sobre las líneas del frente y penetrar la mente del enemigo. Solo él comprendió, en septiembre de

1944, que los alemanes lucharían furiosamente hasta quemar el último cartucho, así como comprendió que el 17 de diciembre, los alemanes estarían lanzando una contraofensiva en las Ardenas, no solo un contraataque.

En el Mediterráneo, había sido excesivamente cauteloso en su comando; no obstante, en la campaña en el noroeste de Europa demostró intrepidez e iniciativa para correr riesgos. El mejor ejemplo fue su decisión de ejecutar, como fueron previstos, los saltos de las 82ª y 101ª Divisiones Aerotransportadas ante la fuerte recomendación de cancelar la operación expresada por el Comandante Aéreo Trafford Leigh-Mallory. Debido a la indispensable contribución que tuvieron los paracaidistas al éxito del Día D, por esta sola decisión Eisenhower ganó su fama.

Ike cometió errores en Europa, aunque menos de los que había cometido en el Mediterráneo. Algunos de estos errores se originaron al querer lograr objetivos más grandes, por ejemplo, mantener el frente unido con los aliados británicos de Estados Unidos. Calmar a Montgomery significó no tomar control de Caen a mediados de junio de 1944, no destruir el ejército alemán en Falaise a mediados de agosto y no tomar control de Amberes a mediados de septiembre. También fue costoso para los aliados, a principios de enero

de 1945, cuando Monty no pudo frustrar los esfuerzos de los alemanes en la Batalla de las Ardenas. Esto llevó a las pérdidas más graves de la guerra para el Ejército de EUA.

Desde el punto de vista de los críticos de Eisenhower, su error más grande fue el no tomar a Berlín (este autor apasionadamente disputaría este criterio). En una escala más grande, sin duda alguna, se equivocó en 1945, cuando tuvo fe (o esperanza) en el futuro de las relaciones estadounidenses-soviéticas. Debería haber percibido que los asuntos que dividieron a los reacios aliados eran demasiado grandes para superarlos.

Sin embargo, como estratega, el arte más alto de un comandante, acertó en muchas ocasiones más de lo que se equivocó. Tuvo razón en la selección de Normandía como lugar de la invasión; en seleccionar a Bradley en lugar de Patton para comandar el Primer Ejército; en insistir en el uso de bombarderos contra el sistema ferroviario francés; en el método del frente amplio hacia Alemania; en considerar una oportunidad la Batalla de las Ardenas en lugar de un desastre y en luchar la primera batalla en gran escala al oeste del río Rin. Eisenhower estuvo en lo correcto en las grandes decisiones.

Fue el general más exitoso de la guerra más grande jamás luchada. **MR**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Dwight Eisenhower a John Eisenhower, 19 de junio de 1943, Eisenhower Library, Abilene, Kansas.

2. El borrador del libro *Crusade in Europe* se encuentra en Eisenhower Library.

3. Citado en Martin Blumenson, *Kasserine Pass* (Boston: Houghton Mifflin, 1967), págs. 297, 306.

4. Eisenhower a Patton, 6 de marzo de 1943, Eisenhower Library.

5. Eisenhower a Gerow, 24 de febrero de 1943, Eisenhower Library.

6. Citado en Forrest Pogue, *The Supreme Command* (Washington, US Dept. of the Army, 1954), p. 249.

7. Sir Francis de Guingand, *Operation Victory* (Nueva York: Scribner's, 1947), págs. 329-30.

8. Sir Arthur Bryant, *Triumph in the West* (London: Collins, 1959), p. 213.

9. Eisenhower a Marshall, 17 de diciembre de 1944, Eisenhower Library.

10. Marshall a Eisenhower, 7 de mayo de 1945, Eisenhower Library.